

Las campañas de Italia formaban en la obra de Mr. Thiers un episodio separado, que bastaría por sí solo para señalar al autor un rango elevado entre los historiadores. Después de este homenaje sin reserva, tributado á los jefes de la escuela fatalista juzgo me será permitido aventurar algunas reflexiones sobre su sistema, porque se ha abusado mucho de él.

Los discípulos, como sucede siempre, careciendo del talento de sus maestros, juzgan excederles en mé-

rito exagerando sus principios. Ha aparecido una casa secta de teóricos del terror, cuyo objeto exclusivo es justificar los excesos revolucionarios: espanto de arquitectos con esqueleto y cabeza de muerto, como los que se encuentran en las catacumbas de París. Tan pronto les parecen los asesinatos producidos por la grandeza cohonesta su sangrienta crueldad. Convierten los acontecimientos en personajes, y si bien

debe morir, no porque sea inocente ú hombre de talento, sino porque su muerte es necesaria, y porque su vida opondría obstáculos á un hecho general colocado en la serie de los acontecimientos. En tal caso nada es la muerte; es un mero accidente mas ó menos necesario para el progreso de tal objeto, para la realización de tal verdad.

Hállanse mil errores detestables en este sistema. Introducida la fatalidad en los acontecimientos humanos, no tendría siquiera la ventaja de trasladar á la

Historia el interés de la fatalidad trágico. Véase un personaje víctima, en la escena, de su inexorable destino; véasele parecer á pesar de sus virtudes, y resulta un no sé que terrible de este resorte puesto en movimiento por el poeta. Pero representase la sociedad como una especie de maquina que se mueve ciegamente en virtud de leyes físicas ocultas; verifíquese una revolución solo porque debe verificarse; que bajo las ruedas de su carro, como bajo las del carro indio, sean aplastados á la aventura inocentes y culpables; que el indiferentismo ó la piedad sean una misma cosa



LOS TÍTULOS DE LA NOBLEZA SON ARROJADOS AL FUEGO.

dicen «Admirad á Marat» gritan: «Admirad sus obras:» el homicida no es una hermosa figura, pero el homicidio es divino. Los miembros de los comités revolucionarios pudieron muy bien ser asesinos públicos, pero sus asesinatos son sublimes; examinad sino los grandes resultados que produjeron: los hombres nada son: las cosas lo son todo, y á estas no se las debe culpar. En otro tiempo se decía: «Aborrecid al crimen y perdonad al criminal.» Si se diera crédito á los periodistas de MM. Thiers y Mignes, la máxima debería ex-

presarse en sentido inverso y sería preciso decir: aborreced al criminal y perdonad... ¿Qué digo? amad y respetad el crimen.

Necesario es que el historiador, según el sistema que refiere las mayores atrocidades sin indignación, y que de las virtudes mas elevadas sin amor, que con una mirada indiferente considere la sociedad como sometida á ciertas leyes irresistibles, de suerte que cada cosa acontezca como debía acontecer; esto es inevitablemente. El inocente ó el hombre de talento



ORIGEN DE LOS FEUDOS. FÓRMULA DEL JURAMENTO.

respecto del vicio y de la virtud; y esta fatalidad del objeto, esta impassibilidad del hombre serán brutales, no trágicas. Este nivel histórico, lejos de manifestar vigor, descubre tan solo la impotencia del que lo emplea en los hechos. Me atrevo á asegurar que los dos historiadores que han producido tan malhadados imitadores eran muy superiores á la opinion, cuyo germen se ha creído encontrar en sus obras.

¡No! Si se separa la verdad moral de las acciones

humanas, falta la regla para juzgar tales acciones; se suprime la verdad moral de la verdad política, carece esta de fundamento, y entonces no hay razon alguna ya para preferir la libertad á la esclavitud, ni el orden á la anarquía. ¡Mi interés! respondeis. ¿Y quién os ha dicho que es mi interés el orden y la libertad, si amo el poder á semejanza de tantos revolucionarios? Si quiero apoderarme de lo que deseo! si no me contento con ser un ciudadano pobre y os-

curo, ¿á nombre de qué ley me obligareis á doblegarme bajo el yugo de vuestras ideas?—Por medio de la fuerza. ¿Y si soy yo el mas fuerte?—Destruyendo la verdad moral me restituireis al estado de la naturaleza, y todo me será permitido, os contradecis á vosotros mismos cuando con el objeto de contenerme me habláis de ciertas necesidades que no conozco. Mi regla es mi brazo; lo habeis desencadenado, lo estenderé para robar ó herir, segun convenga á mi ambición ó á mis odios.

Gracias al cielo, no es cierto que un crimen sea útil nunca, ni que la injusticia sea en tiempo alguno necesaria. No digamos que si en las revoluciones no hubiese perecido este ó aquel hombre inocente ó ilustre, contrario á estas revoluciones, habria paralizado su curso, y que el todo no debe sacrificarse á la parte. Cierto es que ese hombre virtuoso ó de talento hubiera podido amortiguar el movimiento, pero la injusticia ó el crimen ejecutados en su persona, retrasan mil veces mas ese movimiento. El recuerdo de los excesos revolucionarios ha sido y es todavía entre nosotros el mayor obstáculo para el establecimiento de la libertad.

Si pasando en silencio los bienes que ha hecho la revolucion, las preocupaciones que ha destruido y las libertades que ha establecido en Francia, se trazará la historia de la revolucion por sus crímenes, sin añadir una sola palabra ni una sola reflexion al texto expresando tan solo íntegramente todos los horrores propalados y cometidos en París y en las provincias por espacio de cuatro años, esta cabeza de Medusa haria retroceder tantos siglos al género humano que llegaria hasta los últimos límites de la esclavitud, porque aterrada la imaginacion se resistiria á creer que en semejantes atentados se ocultara el menor destello de bien. Tan extraño error es este, como el de ensalzar semejantes crímenes para hacer amable la revolucion. No fueron el año 1793 y sus excesos los que produjeron la libertad; aquel tiempo de anarquía oxió tan solo el despotismo militar; y aun duraria este si el que habia hecho su cómplice á la gloria, hubiera sabido mostrar cierta moderacion en los gozes de la victoria. El régimen constitucional brotó de las entrañas del año 1789, y hemos vuelto despues de largos estrabios al punto de partida; mas, ¡cuántos viajeros han quedado en el camino!

Todo cuanto puede hacerse por medio de la violencia, hubiérase podido ejecutar al abrigo de la ley, pues el pueblo que tiene la fuerza para proscribir, la tiene asimismo para obligar á la obediencia sin proscripcion. Si admitis que alguna vez es permitido faltar á la justicia bajo el pretexto del bien público, ved aquí á lo que os conduce esta máxima: hoy sois los mas fuertes, matais á nombre de la libertad, la igualdad y la tolerancia; pero mañana sereis los mas débiles, y otros darán muerte á nombre de la esclavitud, de la desigualdad y del fanatismo, ¿Qué respondereis? Serviais de obstáculo á lo que se queria, y ha sido necesario haceros desaparecer: necesidad enojosa sin duda alguna, pero al fin es necesidad: estos son vuestros principios, sufrir, pues, sus consecuencias. Mario derramaba la sangre en nombre de la democracia, y Sila en el de la aristocracia, en tanto que Antonio, Lépido y Augusto creyeron útil cercenar las cabezas que soñaban todavía con la libertad romana. No censuraremos á los asesinos de la Saint Barthelemy, toda vez que se veian obligados (á pesar suyo sin duda) á obrar así para conseguir sus fines.

Solamente perecieron seis mil víctimas, se dice, por orden de los tribunales revolucionarios. Este aserto es inexacto. Tomemos las cosas desde su origen.

El primer número del *Boletín de las leyes* contiene el decreto por el cual se instituyó el *tribunal revolucionario*, consérvase este decreto al frente de aquella coleccion, no para hacer uso de él, supongo, en

tiempo ni ocasion alguna, sino como una inscripcion terrible grabada en el frontispicio del templo de las leyes, para aterrar al legislador é inspirarle horror á la injusticia. Declara el decreto que el único castigo aplicado por el tribunal revolucionario, es la pena de muerte. El artículo 9.º autoriza á todo ciudadano prender y conducir ante los magistrados á los conspiradores y los contrarevolucionarios; el artículo dispensa de la prueba de testigos, y el artículo 16.º va de defensor á los conspiradores. Este tribunal permitia apelacion.

Hé aquí por de pronto la gran base sobre la cual necesario sentar nuestra admiracion: ¡Honor á la equidad revolucionaria! ¡Honor á la justicia de cavernas! Examinemos ahora los actos dimanados de aquella justicia. El republicano Pruhme, que aborrecia la revolucion y que escribió cuando la sangre no habia perdido aun su color, nos ha dejado volúmenes de pormenores. Dos de estos volúmenes están consagrados á un diccionario donde se ha inscrito cada criminal por ordeu alfabético con nombre, apellido, edad, patria, calidad domici. Profesion, fecha y causa de su sentencia, dia y de la ejecucion. Encuéntranse entre los guillotados 18,613 víctimas, repartidas de este modo.

Ex nobles.	1,278
Señoras id.	750
Mujeres de labradores y artesanos.	1,467
Religiosas.	350
Clérigos	1,135
Plebeyos de distintos estados.	13,633
Total:	18,613

Mujeres muertas á consecuencia de abortos.	3,400
Mujeres embarazadas y parturientes.	348
Mujeres muertas en la Vendée.	15,000
Niños id., id.	22,000
Muertos en la Vendée	900,000

<i>Victimas durante el proconsulado de Carrier en Nantes.</i>	32,000
Niños fusilados.	500
Idem ahogados.	1,500
Mujeres fusiladas.	264
Idem ahogadas.	500
Clérigos fusilados.	300
Idem ahogados.	460
Nobles ahogados.	1,404
Artesanos id.	5,300
Victimas de Lion.	31,000

No comprendemos en este cuadro los asesinatos en Versalles, en los Carmelitas, en la Abadía y en la nevera de Aviñon; ni los fusilados de Tolon y de Mella despues de los sitios de estas dos ciudades; ni degüello de la pequeña ciudad provenzal Bedoin, ya poblacion pereció por completo.

Para la ejecucion de la ley del 21 de setiembre de 1793 sobre los sospechosos, fueron instalados toda la superficie de la Francia mas de cincuenta comités revolucionarios, que segun los cálculos tambien, individuo de la Convencion, costaban anualmente quinientos noventa y un millones del papel mado asignado. Cada miembro de estos comités habia tres francos diarios y su número ascendia á quinientos cuarenta mil: de este modo eran quinientos cuarenta mil los acusadores que tenian derecho de condenar á muerte.

Contábanse solo en París setenta comités revolucionarios; y cada uno de ellos tenia cárcel para tener á los sospechosos.

Obsérvese que no son solo los nobles los sacerdotes y los religiosos los que figuran aquí en el registro mortuorio; si se tratara tan solo de tales personas, el terror seria verdaderamente virtud: ¡Canalla! ¡raza de necios! Pero es el caso que perecieron diez y ocho mil novecientos veinte y tres individuos de diferentes estados, no nobles; dos mil doscientas treinta y una esposas de labradores ó artesanos; dos mil niños guillotinos, ahogados y fusilados; y en Burdeos se guillotina por el crimen de *negociantismo*. ¡Las mujeres! ¿Sabeis que en ningun país, en ninguna época, en ninguna nacion del mundo, ni en proscripcion política alguna, han sido entregadas las mujeres al verdugo, exceptuando algunos hechos aislados de Roma en tiempo de los emperadores, y de Inglaterra en el de Enrique VIII, la reina María y Jacobo II? Únicamente el Terror ha ofrecido al universo el infame y despiadado espectáculo del asesinato jurídico de las mujeres y los niños en masa.

El girondino Rivuffe, prisionero con Vergniaud, con madama Roland y sus amigas de la Consergería, refiere lo que sigue en sus *Memorias de un preso*: «Las mujeres mas hermosas, las mas jóvenes, las mas interesantes caian confundidas en aquel abismo (la Abadía), del que salian para ir á docenas á inundar con su sangre el cadalso.

»Hubiérase podido decir que el gobierno estaba en manos de esos hombres depravados, que no contentos con insultar al sexo de la hermosura con sus monstruosos apetitos, le profesaban ademas un odio implacable. Jóvenes embarazadas, otras recién paridas y que permanecian aun en el estado de debilidad y palidez consiguiente á este esfuerzo extraordinario de la naturaleza, estado que respetaran los pueblos mas salvajes; jóvenes en cuyos pechos se habia suspendido de repente el curso del primer alimento del niño, ó á causa del espanto ó por haberlas arrebatado los hijos de su seno, eran sepultadas dia y noche en aquel abismo. Liegaban arrastradas de calabozo en calabozo, sujetas sus débiles manos con indignos hierros, y algunas llevaban argollas al cuello. Unas entraban desmayadas y en brazos de los criados de los carceleros, que se reian de ellas, y otras en un estado de estupor é imbecilidad. Hacia los últimos meses particularmente, (antes del 9 termidor), reinaba allí una actividad infernal: crujián dia y noche los cerrojos: llegaban por la tarde sesenta personas para ir al cadalso al dia siguiente, y eran reemplazadas luego por cien mas, á las que aguardaba dentro del mismo plazo igual suerte.

»Catorce doncellas de Verdun, de un candor sin igual, y que parecian unas vírgenes consagradas á una fiesta pública, pisaron juntas el patíbulo. Desaparecieron á la par sacrificadas en su primavera: el patio de las mujeres, presentaba al otro dia de su muerte el aspecto de un jardín despojado de sus flores por la tormenta. Nunca he visto entre nosotros una desesperacion igual á la que produjo semejante barbarie.

»Perecieron tambien juntas veinte mujeres del Poiton, siendo su mayor parte unas pobres labriegas: paréceme ver todavía á aquellas victimas desgraciadas; paréceme verlas tendidas en el patio de la Consergería, postradas por el cansancio del largo camino, y durmiendo sobre el empedrado.... En el momento de salir para el suplicio, arrancaron de brazos de una de aquellas desgraciadas, un niño que en aquel instante mamaba una leche cuyo manantial iba á secar el verdugo, ¡Oh gritos del amor maternal, cuán penetrantes fuisteis, mas cuán estériles!... Algunas de estas mujeres murieron en la carreta, y sus cadáveres fueron guillotinos. ¿No ví acaso, pocos dias antes del 9 termidor, otras mujeres arrastradas al suplicio? Habíanse declarado embarazadas... ¡Y son estos los hombres, los franceses á quienes sus mas

elocuentes filósofos, predicando hace sesenta años la humanidad y la tolerancia!

»Ya se habia practicado en la plaza de San Antonio un inmenso acueducto por donde debia correr la sangre. Preciso es decirlo, por horroroso que sea, todos los dias sacaban en cubos la sangre humana, y en el momento de la ejecucion se ocupaban cuatro hombres en vaciarlos en aquel acueducto.

»A las tres de la tarde bajaban al tribunal estas largas procesiones de víctimas, y atravesaban lentamente bajo anchurosas bóvedas, por medio de los presos que se colocaban en fila con un ansia sin igual para verlas pasar. Yo ví caminar á la muerte con el mismo ademán conque caminaban en otro tiempo á las ceremonias públicas, á cuarenta y cinco magistrados del parlamento de París, y á treinta y tres del de Tolosa; ví pasar con paso lento y seguro á treinta propietarios; los veinte y cinco primeros comerciantes de paños de Sedan, compadecian al acercarse su fin á diez mil jornaleros á quienes dejaban sin pan. Yo ví á aquel Baysser, *terror de los rebeldes de la Vendée*, y el mas apuesto soldado que ha tenido la Francia; yo ví á todos aquellos generales á quienes la victoria acababa de cubrir de laureles, trocados de repente en fúnebres cipreces; ví por último á todos aquellos militares jóvenes tan aguerridos y vigorosos.... caminaban en silencio.... únicamente sabian morir.»

Prudhomme da la última mano á este cuadro:

«La mision de Lebon en los departamentos que lindan con el Norte, puede ser comparada á la aparicion de aquellas negras furias tan temidas en los tiempos del paganismo...

En los dias festivos colocábase la orquesta al lado del cadalso, y Lebon decia á las doncellas que se hallaban allí: «Seguid la voz de la naturaleza, entregaos, abandonaos á los brazos de vuestros amantes...

»Algunos niños á quienes habia corrompido componian su guardia y eran los espías de sus padres. Algunos de ellos tenian guillotinas pequeñas con las cuales se divertian en dar la muerte á pajarillos y ratones.» Sabido es que Lebon, despues de haber abusado de una mujer que se habia entregado para salvar á su marido, asesinó á este infeliz en presencia de la desventurada esposa, á la que únicamente quedó todo el horror de su sacrificio: género de atrocidad tan comun entonces; que dice Prudhomme no podria contarse su número.

Carrier se distinguió en Nantes. «Cerca de ochenta mujeres sacadas del depósito y conducidas al lugar de la matanza, fueron fusiladas en él, desnudáronlas en séguida, y sus cadáveres permanecieron diseminados por espacio de tres dias.

»Condujeron al mismo lugar para fusilarlos á quinientos niños de ambos sexos, de los que el mayor número rayaba apenas en los catorce años. Nunca se viera un espectáculo mas tierno y espantoso: la pequeñez de su estatura puso á muchos al abrigo de los tiros; desatáronse las ligaduras, y se derramaron por los batallones de sus verdugos buscando un refugio entre sus piernas, á los que se abrazaron fuertemente, halzando hácia ellos sus rostros, en que estaban pintados la inocencia y el horror. Mas esto no causo impresion alguna en sus asesinos, que los degollaron á sus pies.»

Ahogados en Nantes:

«Multitud de mujeres, embarazadas la mayor parte y otras con sus hijos en brazos, fueron llevadas á bordo de las gabarras... ¡Las inocentes caricias y la sonrisa de las tiernas víctimas, excitan en el alma de sus llorosas madres un sentimiento que acaba de despedazar sus entrañas; corresponden con efusion á tan dulces halagos pensando que es por última vez!... Una de ellas acababa de parir en la playa, y sus verdugos la concedieron apenas el tiempo necesario para

terminar este doloroso trance: adelantáronse los asesinos, las amontonaron en las gabarras, y despues de haberlas desnudado, les ataron las manos á la espalda. Resonaron entonces por todas partes los gritos mas penetrantes, las mas amargas imprecaciones de las desgraciadas madres contra sus verdugos: Fouquet, Robin y Lamberty respondian á sablazos, y la tímida belleza, bastante ocupada ya en ocultar su desnudez á los mónstruos que la ultrajaban, aparta estremecida sus miradas de su compañera desfigurada por la sangre, y que vacilante ya entre la muerte y la vida, exhala el último suspiro á sus piés. Suena la formidable señal; los carpinteros levantan al golpe de sus hachas las troneras, y el mar sumerge para siempre á las desventuradas.»

¡Ved aquí el objeto de vuestros himnos! ¡Millares de ejecuciones en menos de tres años, y en virtud de una ley que privaba á los acusados de testigos, de defensores y de apelacion! ¿Habeis olvidado que la memoria de una sola sentencia injusta, la de Sócrates, ha atravesado veinte siglos para deshonorar á sus jueces y á sus verdugos? Para entonar el canto de triunfo, seria preciso aguardar por lo menos á que los padres y las madres, las esposas y los hijos, los hermanos y las hermanas de las víctimas hubiesen muerto; empero pueblan todavía la Francia mujeres, ciudadanos, comerciantes, magistrados, labriegos, soldados, generales, inmensa mayoría de plebeyos que fuisteis víctimas del Terror, ¿os place suministrar nuevo pábulo á este extraordinario espectáculo?

Objétase: una revolucion es una batalla: ¡Comparacion inexacta! En un campo de batalla se recibe la muerte dándole: ambos partidos tienen las armas en la mano. El verdugo combate sin peligro, empuña la soga ó la cuchilla, y le entrega maniatado al enemigo. No sé que nunca se haya dado el nombre de combate á lo que pasó entre Luis XVI, la doncella de Verdun, Bailly, Andrés Chenier; el anciano Malesherbes y el verdugo: El ladrón que me espera al extremo de un bosque, juega al menos su vida contra la mia; pero el revolucionario que despues de haberse vendido ya á la corte, ya al partido republicano, enviaba desde el seno de la di-olucion carros llenos de mujeres á la plaza del cadalso; ¿qué riesgos corria con tan débiles adversarios?

Los prodigios de nuestros soldados no fueron obra del Terror: prodújolos el espíritu militar de los Franceses, que despertará siempre al eco de la trompeta. No fueron los comisarios de la Convencion y las guillotinas, á consecuencia de las victorias, los que restablecieron la disciplina en los ejércitos, sino estos, quienes restauraron el orden en Francia.

La prueba de que aquella época fatal no tenia cosa alguna superior, propia para ser reproducida, es que seria imposible hacerla renacer. Los tumultos y las matanzas populares pertenecen á todos los siglos, á todos los países; pero una organizacion completa de asesinatos llamados legales; de tribunales que sentencian á muerte en todas las ciudades; de asesinos afiliados que despojan á sus víctimas y las conducen casi sin guardia al patíbulo, no se ha visto sino una vez, ni nunca volverá á verse. Ahora se resistirian los ciudadanos uno á uno: cada cual se defenderia en su casa, en su campo, en la cárcel y hasta en el mismo cadalso. El Terror no fue invencion de algunos gigantes: fue sencillamente una enfermedad moral, una peste. Un médico lleno de entusiasmo por su arte, exclamaba lleno de alegría: «Hemos vuelto á hallar la lepra.» No se volverá á hallar el Terror. No enseñemos al pueblo á amar los crimines: no queramos pasar por una nacion de ogros, que lame con delicia como el leon sus ensangrentadas quijadas. El sistema del terror llevado al extremo, no es otra cosa que la conquista conseguida por el exterminio; por consiguiente, no es posible consumir bastante pronto to-

dos los holocaustos para que el horror que inspira no subleve hasta á los atizadores de las hogueras.

La misma admiracion que se concede al terror, prodigaba á los terroristas con igual sin razon: lo que los han tratado de cerca no eran sino unos miserables, cuya capacidad mental estaba ceñida á límites muy vulgares: héroes del miedo, mataban con temor de ser asesinados. Lejos de haber formado esos designios profundos que se les suponen en el dia, cominaban sin saber á dónde se dirigian, á merced de su embriaguez y de los acontecimientos. Se ha dado el nombre de inteligencia á los instintos materiales que se ha forjado la teoría con arreglo á la práctica, y el poema se ha deducido de la poética. Si algunos de aquellos estúpidos diablos han mezclado casualmente estas prendas á sus vicios, estos dones estériles se precian á los frutos que se desprenden de la rama y pudren al pié del árbol que los ha producido. Un verdadero terrorista es un hombre mutilado, privado como el eunuco de la facultad de amar y de reproducirse, y háse querido convertir en talento su impotencia.

Que durante la fiebre revolucionaria se encontraran atroces calumniadores nutridos con sangre como e inmundas sabandijas que pululan en los muladaros en torno del caldero donde hervian los miembros desgarrados de Francia, puede tener explicacion; pero que se hallen en el dia hombres que una sociedad pacífica y bien organizada, se constituyan los mejores apologistas de aquellos orgías brutales; hombres que inciesan y coronan de flores la cubeta donde caen las cabezas con corona ó con gorro colorado; hombres que entonan la lógica del homicidio, que se hacen maestros en el arte del asesinato, como hay profesores de esgrima: hé ahí lo que no se comprende.

Desconfiemos de este movimiento del amor propio que nos hace creer en la superioridad de nuestro lento y en la fortaleza de nuestra alma. porque arrosemos á sangre fria las catástrofes mas espantosas: el verdugo maneja los troncos de las víctimas sin moverse; ¿prueba esto acaso la firmeza de su carácter ó la sublimidad de su inteligencia? Cuando el mal de los pueblos: cuando los romanos del tiempo imperio corrian al espectáculo de los gladiadores cuando se degollaban veinte mil prisioneros para vertir á un Neron cercado de prostitutas desnudas ¿no era esto el terror en gran escala? ¿Alterar el nombre la naturaleza del hecho? ¿Deberemos llamar horrible en nombre de la tiranía, lo que hallaríamos admirable en nombre de la libertad?

Colocar la fatalidad en la historia es desembarazarse del trabajo de pensar, ahorrarse la pena de investigar la causa de los acontecimientos. Mas mérito y dificultad hay en demostrar cómo el extravío de los principios de la moral y de la justicia ha producido las gracias, y cómo estas han originado las libertades, el regreso á las nociones de la moral y la justicia. Hay sin duda en esto mas dificultad que en colocar una sociedad bajo gruesas manos de almirez, que reducir á masa ó polvo las cosas y los hombres: solo faltará la presa de las pasiones, y principiarán las manos de almirez á levantarse y volver á caer. En cuanto á mí, ningun entusiasmo me inspira una segur. He visto clavarse cabezas en la punta de una pica, y asegurado semejante espectáculo es horroroso. He encontrado algunas de esas grandes capacidades que hacian resar las cabezas, y puedo decir que no hay cosa limitada que ellos: el mundo los dirigía y juzgaba dirigir el mundo. Conoci á uno de los mas famosos revolucionarios, hombre ligero, hablador de un modo lento muy escaso, y que careciendo enteramente de valor, era de todo punto inútil en los peligros. No intimidan los destrozadores de carne humana: van como me dirán que de sus fábricas de podredumbre

de sangre sacan excelentes ingredientes de los esqueletos molidos con arte: jobreros de cadáveres, por mas que pulvericeis la muerte, nunca hareis brotar de ella un germen de libertad, un grano de virtud, una chispa de ingenio!

Guerden, pues, los teoristas del terror, si les place su fanatismo de hielo, que les sugiere dos ó tres palabras inexplicables de *necesidad*, *movimiento*, *fuerza progresiva*, bajo las cuales ocultan lo vacío de sus pensamientos: no volveré á leerlos, pero leeré una y mil veces á los dos historiadores á quienes han tomado con tanto desacierto por guías, y cuyo talento me hará olvidar á sus despreciables y salvajes imitadores.

Por lo demás, un autor á quien la libertad debe mucho, el último orador de esas generaciones constitucionales que espiran; un hombre cuya reciente muerte debe aumentar su autoridad, M. Benjamin Constant, ha combatido antes que yo á esos dogmáticos de Terror. Necesario es leer íntegro en sus *Misceláneas de literatura y de política*, el artículo de que voy á copiar tan solo este pasaje. El Terror no ha producido bien alguno. A su lado ha existido lo que era indispensable á todo gobierno, pero que hubiera existido sin él, y lo que corrompió y empozonó mezclándose con él.

«Este régimen odioso no ha preparado, como dicen, al pueblo para la libertad; sino á sufrir un yugo cualquiera; ha encorvado las cabezas, pero degradando los ánimos, marchitando los corazones: ha sido útil durante su existencia á los amigos de la anarquía, y su recuerdo sirve ahora á los amigos de la esclavitud y del envilecimiento de la especie humana.

«No habria reproducido tan funestas memorias á no haber pensado que interesaba á la Francia, cualquiera que sea en adelante su destino, no ver confundir lo que es digno de admiracion con lo que solo inspira horror. Justificar el régimen de 1793, pintar crímenes y delirios como una necesidad que pesa sobre los pueblos cuantas veces procuran ser libres, es perjudicar á una causa sagrada mas de lo que podian perjudicar los ataques de sus enemigos mas declarados...

«Distinguid, pues, cuidadosamente las épocas y los hechos; condenad lo que es eternamente culpable: no recurráis á una metafísica abstracta y sutil para prestar á los atentados el pretexto de una fatalidad irresistible que no existe; no despojeis vuestros juicios de toda autoridad, y de todo valor vuestros homenajes.»

Debe consolarnos el pensar que el régimen del Terror no puede renacer, no solo, como ya he dicho, porque nadie se someteria á él, sino tambien porque las causas y las circunstancias que lo produjeron han desaparecido. En 1793, fue preciso demoler el inmenso edificio de lo pasado, y conquistar ideas, instituciones y propiedades. Concíbese fácilmente que un sistema de matanza, aplicado como una palanca á la destruccion de un edificio colosal, pudiese parecer una fuerza necesaria á unos hombres perversos; mas hoy todo está derribado, todo conquistado, ideas, instituciones y propiedades. ¿De qué se trata actualmente? De una forma política mas ó menos republicana, de algunas leyes que deben abolirse ó publicarse, y de ciertos hombres que es preciso reemplazar por algunos otros. Empero, por tan pequeños resultados, que no encuentran ninguna resistencia colectiva, que no lastiman ninguna clase determinada, no se necesita aniquilar una nacion. No se hace terror *á priori*: el terror no fue un plan combinado y anunciado de antemano, sino que vino poco á poco con los acontecimientos; empezó por los asesinatos privados y en tropel de 1789, 1790, 1791 y 1792, para llegar á los asesinatos públicos y metódicos de 1793. Los terroristas no sabian anticipadamente que lo eran. Nuestros terroristas en teoría nos gritan: «Nosotros somos terroristas de gran cuenta: nosotros vamos á

establecer un soberbio terror. Venid, y os guillotinaremos, pues somos hombres enérgicos, y el genio es nuestro lado fuerte.» Estos parodistas de terror, estos terroristas de sainete, muy capaces sin duda de mataros si los desafiáis, por via de prueba, serian incapaces de sostener tres dias consecutivos el instrumento de la muerte, que en breve caería sobre sus cabezas.

DE ESTOS ESTUDIOS HISTÓRICOS.

Tiempo es ya de dar cuenta de mis propios *Estudios*. He aducido en mi *Prólogo* las razones por las cuales no seré leído y las causas por qué pierdo el último gran trabajo de mi vida; pero en fin, si en algun momento robado á la gravedad de las catástrofes presentes; si en esos breves intervalos de descanso que separan los acontecimientos en las revoluciones, algunos hombres estudiosos se ocupasen de mis observaciones, voy á ahorrarme el trabajo de pasar adelante. Cuando se haya echado una mirada sobre la conclusion de este prefacio, se podrá decir, si se quiere, que se ha leído mi obra, y se estará en el caso de aprobarla ó combatirla sin haberla leído, si por casualidad tiene alguno el tiempo ó el capricho de empeñar una controversia literaria.

He dado á la primera parte de mi trabajo el título de *Estudios Históricos*, dejándole no obstante el de *Discursos* que primero habia elegido. He pensado que el título de *Estudios* convenia mejor á la modestia de mi tarea, que me daba mas libertad para hablar de varios asuntos enlazados con el principal, y no me obligaba á sostener de continuo mi estilo en la altura del discurso.

En la *Introduccion* expongo mi sistema, y defino las tres verdades fundamentales del orden social la verdad religiosa, la verdad filosófica ó la independencia del espíritu del hombre, la verdad política ó la libertad. Opino que todos los hechos históricos nacen del choque, de la division ó de la alianza de estas tres verdades. Adopto por verdad religiosa la verdad cristiana, no como Bossfiet, haciendo del Cristianismo un círculo inflexible, sino uno que se extiende á medida que las luces y la libertad se desarrollan. El Cristianismo ha tenido varias eras: su era moral ó evangélica, su era de los mártires, su era metafísica ó teológica, su era política, y ha llegado á su era ó su siglo filosófico.

El mundo moderno tiene su nacimiento al pie de la cruz. Las naciones modernas se componen de los tres pueblos pagano, cristiano y bárbaro; de aquí la necesidad para conocerlos bien, de remontarse á su origen; de aquí la obligacion para el historiador de tomar los hechos desde el tiempo de Augusto, en que principia á la vez el imperio romano, el Cristianismo y los primeros movimientos de los bárbaros.

Tenemos, pues, la historia del imperio romano mezclada con la del Cristianismo, el cual ataca en el interior la sociedad pagana, mientras que los bárbaros la asedian en el exterior; y la historia de las invasiones sucesivas de los bárbaros, distinguiendo dos principales: una cuando los bárbaros no habian aun recibido la fe; otra cuando eran ya cristianos.

Hé aquí los vicios principales de la sociedad antigua; estaba fundada sobre dos abominaciones; el politeísmo y la esclavitud. El politeísmo falseando la verdad religiosa, esto es, la unidad de Dios, falseaba todas las verdades morales, al paso que la esclavitud destruía todas las verdades políticas.

Hé aquí la filosofía de los paganos: doctrina que comunicó al Cristianismo, y doctrinas que este recibió de ella. Los filósofos griegos hicieron salir la filosofía de los templos y la encerraron en las escuelas: los sacerdotes cristianos la hicieron salir de las escuelas y la extendieron por todos los hombres.

El politeísmo se encontró en el reinado de Juliano en la misma situación en que se halla el Cristianismo en nuestros días; con la diferencia de que al presente no existe un culto que pueda reemplazar al Cristianismo, mientras en tiempo de Juliano, este estaba preparado y dispuesto á sustituir la religion antigua. Inútiles fueron los esfuerzos de Juliano para hacer retrogradar su siglo: el tiempo no retrocede, y el campeón mas audaz no podría obligarle á quedar un paso atrás. Merced á la conversion de Constantino y á la destruccion de los templos, la verdad política comienza á inocularse en la sociedad por medio de la moral cristiana y de las instituciones de los bárbaros. Entre los grandes trastornos que ocurrieron en el orden social, por el Cristianismo, debemos señalar principalmente la emancipacion de las mujeres, que sin embargo no ha sido sancionada todavía por la ley, y el principio de la igualdad humana, desconocido de la antigüedad politeísta.

Todos los orígenes de nuestra sociedad han sido referidos á dos siglos anteriores á su verdadera época. Constantino, que reemplazó el gran patriarcado por una nobleza titulada, y que trocó con sus demás instituciones la naturaleza de la sociedad latina, es el verdadero fundador del poder real moderno, en lo que conservó del carácter romano.

Entre las monarquías bárbaras y el imperio puramente latino-romano, hubo un imperio romano-bárbaro que duró cerca de un siglo antes de la deposicion de Augústulo. Los historiadores no han hecho esta observacion, la cual explica por qué en el momento de la fundacion de los reinos bárbaros, nada pareció cambiar en el mundo; con mas ó menos infortunios veíase siempre en la escena los mismos hombres y las mismas costumbres.

Habiendo llegado al través de los acontecimientos, á la ereccion del reino de Italia por Odoacro, y á la del reino de los francos por Clovis, me detengo, y presento separadamente los tres grandes cuadros de las costumbres, de las leyes y de la religion de los paganos, los cristianos y los bárbaros.

Concentracion de todas las filosofías y de todas las religiones en el Asia hebrea, persa y griega. Escuela famosa de los profetas. Sistemas filosóficos, herejías judaicas y griegas: afinidades de los sistemas filosóficos y de las herejías. La herejía mantuvo la independencia del espíritu humano, y fue favorable á la verdad filosófica.

Aquí concluyen los *Estudios históricos*, y adopto un nuevo título para continuar mi marcha.

He indicado que mi primer plan era escribir unos *Discursos históricos* desde el establecimiento del Cristianismo, (pasando por el imperio romano, las razas Merovingia y Carlovingia y la raza de Capeto), hasta el reinado de Felipe VI llamado de Valois. En este reinado me proponia escribir la historia de Francia propiamente dicha, llegando á la época de la revolucion; no me habia comprometido á publicar en la coleccion de mis *Obras* sino los *Discursos históricos*; mas viendo que la vida huye de mí sin permitirme cumplir mis proyectos, he determinado satisfacer á aquellos de mis lectores que han manifestado el deseo de conocer mi sistema entero sobre la historia de nuestra patria. En su consecuencia trazo un *análisis razonado* de esta historia, durante las dos primeras razas, y una parte de la tercera. Cuando llego á la época en que debia principiar mi historia propiamente dicha, intercalo algunos fragmentos de los reinados de Felipe de Valois y del rey Juan, particularmente las batallas de Crecy y de Poitiers, teniendo cuidado de llenar las lagunas con sumarios. Despues de estos dos reinados vuelvo al *análisis razonado*, y lo continúo hasta la muerte de Luis XVI.

Los *Estudios* ó *Discursos históricos* muy extensos que comprenden desde Augusto hasta Augústulo,

muestran por la profundidad de los fundamentos intencion que tenia de levantar un vasto edificio; me faltado el tiempo, y no he podido edificar sobre los cimientos que habia abierto sino una especie de tienda de tablas ó de lienzo, groseramente pintada, presentando bien ó mal el monumento proyectado, adornada con algunos trozos de arquitectura, esculturas separadamente con arreglo á mis primeros diseños. Sea lo que fuere, voy á explicar los delineamientos de mi plan, ó hablando en otros términos, de *análisis razonado*.

En cuanto á las dos primeras razas, adopto generalmente las ideas de la escuela moderna no trasfiero los francos en franceses, sino que veo á la sociedad entera dominada por algunos bárbaros hasta fin de la segunda raza. Sigo el sistema de Mr. Thierry por lo que respecta á los nombres propios de la primera y la segunda raza, porque en efecto, me hija mejor el momento de la metamorfosis de los francos en franceses, que las alteraciones sobrevenidas los nombres. Pero no he usado enteramente en nombres francos la misma ortografía que el autor las *Cartas sobre la historia de Francia*, no escribiendo, por ejemplo *Khodowig* ó *Chlodorrig* en vez de *Clovis*, procurando de este modo no herir aquellos que están acostumbrados nuestros ojos y oídos.

Además, justifican mi ortografía los cronistas nos, germánicos y franceses antiguos: Du Tille principalmente Chantereau y Lefebre, han intentado suavizar algunos nombres, y me parece útil aplicar por fin semejante reforma á nuestra historia. Confío no obstante que he sido débil por lo que respecta á Carlo-Magno, pues me ha sido imposible cambiar en *Karlos el Grande*, excepto cuando he citado al monge Saint-Gallo. ¿Qué queréis? No hay poder bastante contra la gloria, y cuando esta ha compuesto nombre, forzoso es adoptarlo aunque lo hubiera denunciado mal. Los griegos eran grandes corruptores de la verdad silábica: su oído poético y desdeñoso sin cuidarse de la verdad histórica, adaptaba violentamente los nombres bárbaros á la eufonía. Esto tambien *Karlos el Martel* en vez de *Karlos Martel* (*Marteau*); es absolutamente lo mismo en la antigua lengua, y confío que no se criticará el que siga costumbre de decir Carlos Martel.

Habia dado principio á numerosas indagaciones sobre los galos; mas habiendo salido á la luz la obra de Mr. Amadeo Thierry, he abandonado mi trabajo, que es el destino de ambos hermanos instruirme desalentarme.

Mas si me he sometido á las felices innovaciones de la escuela moderna, tambien combato algunas de sus opiniones. No puedo admitir, por ejemplo, que los Francos fuesen una especie de salvajes semejantes á aquellos con quienes he vivido en América, por los hechos rechazan esta suposicion. Deshecha mente la segunda invasion de los Francos, que he supuesto en el sódio á los Carlovingios, mas arriba expuestos los motivos de mi incredulidad. En cuanto á la escuela antigua, niego su doctrina relativa herencia de los reyes de la primera y de la segunda raza; sostengo que la eleccion existia en todas partes y que no podia haber usurpacion donde dominaba la eleccion. Hay mas aun: siento que la herencia es cosa nueva en las sucesiones reales, y que lo es toda la antigüedad europea, y que esta herencia principió hasta Hugo Capeto en el siglo X, por lo que razon que indicaré en dos palabras.

La antigüedad romano-bárbara espiró hacia fin de la segunda raza, y entonces se verificó una de las grandes transformaciones del género humano por medio del establecimiento del feudalismo. La media fue obra del Cristianismo, ejerciendo su influencia sobre los bárbaros y sobre las instituciones germánicas.

Antes de entrar en el *análisis razonado* de los reinados de la tercera raza, demuestro cuál era la comunidad cristiana, y cual la constitucion de la Iglesia, dos cosas distintas entre sí. Pruebo que la Iglesia cristiana era una monarquía electiva, representativa y republicana, fundada en el principio de la igualdad mas completa; que la inmensa mayoría de los bienes de la Iglesia pertenecia á la parte plebeya de las naciones; que una abadía no era sino una casa romana; que el papa, hijo con frecuencia de las últimas clases de la sociedad, era el tribuno y el mandatario de las libertades de los hombres, y que solo en calidad de único representante de una verdad política oprimida, tenia la mision y la autoridad de juzgar y deponer á los reyes. Digo que en aquella época en que desapareció el pueblo, este se hizo sacerdote y conservó bajo este disfraz el uso y la soberanía de sus derechos: esta es la era del Cristianismo, que estaba destinado á penetrar en el Estado y apoderarse del poder temporal cuando todas las luces se concentraron en el clero. La libertad es cristiana.

Se ve, pues, en la presente exposicion que mis ideas sobre el Cristianismo difieren de las del conde de Maistre y de las del abate de Lamennais. El primero pretende reducir los pueblos á una servidumbre comun, dominada á su vez por la teocracia; ó el segundo llamar á los pueblos (salvo error mio), á una independencia general bajo la misma dominacion teocrática. A ejemplo de un ilustre compatriota pido la emancipacion de los hombres, y exijo tambien la del clero, como se verá en estos *Estudios*; mas no creo que el papismo deba ser una especie de poder dictatorial que puse sobre las futuras repúblicas. En mi concepto el Cristianismo se hizo político en la edad media por una necesidad rigurosa, pues cuando las naciones hubieron perdido sus derechos, la religion que era entonces el único elemento de ilustracion y poder, se constituyó en su depositaria. Mas hoy que los pueblos recobran sus derechos, el papismo abdicará naturalmente las funciones temporales, y resignará la tutela de su pupilo, entrado ya en su mayor edad. Deponiendo la autoridad política conque fue justamente investido en los días de opresion y de barbarie, el clero volverá á entrar en las vías de la Iglesia primitiva, cuando tenia que combatir la falsa religion, la falsa moral y las falsas doctrinas filosóficas. Pienso que la edad política del Cristianismo espira, que su edad filosófica principia, y que el papismo no será ya en adelante sino el manantial puro en que se conservará el principio de la fe, tomada en el sentido mas racional y lato. La unidad católica se personificará en un gefe venerable que represente en su persona á Cristo: es decir, las verdades de la naturaleza de Dios y de la naturaleza del hombre. ¿Sea siempre el sumo pontífice el conservador de estas verdades al lado de las reliquias de San Pedro y de San Pablo! Dejemos en la cristiana Roma que todo un pueblo caiga de rodillas bajo las manos de un anciano que lo bendice. ¿Hay algo acaso que pueda conformarse mejor con tantas ruinas? ¿En qué podría desagradar esto á nuestra filosofía? El papa es el único príncipe que bendice á sus súbditos.

La verdad religiosa no será destruida, porque ninguna verdad se pierde; pero se la puede desfigurar, abandonar, negar en ciertos momentos de sofismas y de orgullo, por aquellos que, no creyendo ya en el Hijo del Hombre, son los discípulos ingratos de la nueva sinagoga. Para mí no hay cosa alguna mejor que una institucion consagrada á la custodia de esa verdad de esperanza, donde los espíritus pueden ir á saciar su sed de doctrina, como en la fuente de agua viva de que habla Isaias. No existen ya las antipatías entre las diferentes comuniones: los hijos de Cristo, de cualquiera rama que vengan, se han apiñado al pie del calvario, tronco natural de la familia. Los desór-

denes y la ambicion de la cote romana han cesado, y solo han quedado en el Vaticano la virtud de los primeros obispos, la proteccion de las artes y la magestad de los recuerdos. Todo tiende á recomponer la unidad católica; con algunas concesiones de una y otra parte, pronto se pondrán de acuerdo. Repetiré lo que he dicho ya en esta obra: para despedir un nuevo brillo, salo aguarda el Cristianismo un ingenio superior que venga á tiempo á ocupar su destino (1). La religion cristiana entra en una nueva era, y sufre como las instituciones y las costumbres la tercera trasformacion. Cesa de ser política, y se convierte en filosófica sin dejar de ser divina; su círculo flexible se extiende con las luces y las libertades, mientras que la cruz señala para siempre su inmóvil centro. * Con la tercera raza se constituye el feudalismo, y en el reinado de Felipe I aparece la edad media en toda la energía de su juventud, con el alma enteramente religiosa, el cuerpo completamente bárbaro, y el entendimiento tan vigoroso como el brazo. El heredamiento y el derecho de primogenitura se establecieron en la persona de Hugo Capeto, con la ceremonia de la consagracion. Esta, ó la eleccion religiosa, ha usurpado la eleccion política; presento las pruebas de este hecho, que ningun historiador, al menos que yo sepa, habia observado hasta hoy.

Los Francos se convierten en Franceses bajo el cetro de los primeros reyes de la tercera raza.

Han existido cuatro monarquías contando desde Hugo Capeto hasta Luis XVI: la monarquía puramente feudal y de los grandes Pares; la de los Estados llamados despues Estados generales; la parlamentaria, en las suspensiones de los Estados, y la monarquía absoluta, que se pierde en la constitucional.

Incidentes de estas diversas monarquías, ó grandes acontecimientos que se enlazaron con ellas, fueron la emancipacion de las municipalidades, (*comunidades*), las Cruzadas, etc., etc.

La monarquía feudal era una verdadera república aristocrática federativa; ó mejor dicho, una democracia noble, porque en esta aristocracia no habia pueblo, ni vasallos, sino tan solo esclavos. El nombre *pueblo* no se halla en aquella época en las crónicas, porque efectivamente no existia. El pueblo principió á renacer en el reinado de Luis el Gordo, en las ciudades con los *vecinos*, en los campos con los *siervos emancipados*, y con la recomposicion sucesiva de las pruebas pequeñas y medianas.

Definamos el feudalismo. ¿Qué era el feudo? La mezcla de la propiedad y de la soberanía. La propiedad tomó el carácter del propietario y se hizo conquistador: el poder, la justicia y la nobleza, fueron unidas á la posesion de las tierras, siendo esta la principal causa de la larga duracion del reinado feudal. Hé aquí algunas pruebas y explicaciones acerca de esto.

El feudo y el alodio eran el combate y la coexistencia de la propiedad segun la sociedad antigua y la propiedad, segun la sociedad nueva. El mundo feudal fue tan solo un mundo militar en el que todo descansó como en un campamento entre los gefes y los soldados, sobre la subordinacion y los compromisos de honor.

Bajo el feudalismo la esclavitud germánica reemplazó á la esclavitud romana. La servidumbre ocupó el lugar de la esclavitud; este fue el primer paso de la emancipacion de la raza humana, ¡y cosa rara! se debió al feudalismo. El siervo convertido en vasallo, no fue ya sino un soldado armado, pues las armas

(1) Despues de escritas estas líneas, el cardenal Capellari ha sido nombrado papa: es hombre de vasta ciencia y de virtud eminente, que conoce su siglo; ¿mas no ha llegado harto tarde? Formé ardientes votos por esta eleccion en el anterior cónclave.